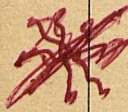


8/9/82



“¿Qué pasa en mi Guadix, qué pasa?”

Se pregunta Martín Recuerda, en la segunda parte de su pregón accitano. “Los trenes que salen de tu tierra, salen con tristeza. Su

Si yo fuera poeta o filósofo, o juglar en los tiempos remotos, sabría deciros cosas hermosas; sabría divulgar vuestra historia y contaros con palabras sencillas, que a mi pueblo accitano llegaron otros pueblos, pertenecientes a otros lugares del mundo, en busca de vuestra tierra que daba plata, plomo e hierro, así como sedas y lino, que tejían manos humildes, casi blancas y olorosas como las azucenas; manos de doncellas enamoradas del encanto de su trabajo. Y manos curtidas huesudas y cansadas de hombres poderosos de vida, trabajadores incansables, que quedaron enterradas en vuestra tierra, después de hartas de escarbar y arrancar las riquezas que tenéis y que aún pueden aumentar; pero, ay, qué pena, vuestra plata, vuestro hierro, vuestra seda, vuestro lino, vuestras mieses, cayeron siempre en manos de caciques: vosotros distéis vuestro sudor y vuestro trabajo, otros se lo llevaron. Vuestra agricultura se agota y los frutos y las flores de Guadix apenas quieren nacer, porque los mozos accitanos se tienen que ir de su tierra a buscar el pan, dejando a la tierra enamorada y a las flores tristes, tan tristes como para costarles mucho trabajo nacer, aún en plena primavera. Hasta vuestros jazmines apenas quieren abrirse y casi menos vuestras rosas. Lo sé. Sé de una primavera que pasé por las tierras de vuestro Marquesado, paseando por la frescura de las alamedas: me parecía que las flores no querían abrirse, ni

siquiera el aire rozar las hojas nacientes de los álamos, porque los mozos ya no están para labrar la tierra. ¿Qué pasa en mi Andalucía? ¿Qué pasa en España, Señor del cielo? ¿Qué pasa en Guadix y en su comarca que hasta la tierra que da el hierro, echa a sus gentes y a su riqueza a otras tierras lejanas? ¿Qué lástima de tantos mineros como dejaron su sangre en las minas de Alquife. Mi pueblo querido, inolvidable pueblo mío, ¡Sierras de la Peza y Lugros, qué solas estáis!. ¡Marquesado del Zenete, con qué tardanza salen los frutos a tus árboles!. ¿Qué pasa en mi Guadix, qué pasa? Los trenes que salen de tu tierra, salen con tristeza. Su pitido deja un nudo en la garganta a los que se quedan. En las cuevas de Santiago apenas se oyen las palmas y el cante jondo. La catedral queda solitaria y sus campanas tocan cansadas, ¿qué pasa en mi pueblo, qué pasa?

Yo, que quisiera vivir entre vosotros para conocerlos bien, que quisiera, como entre sueños, transmitirlos con mis palabras el suave sonar de una bandada de palomas blancas que fueran a vuestros corazones, para daros toda la alegría que sé que necesitáis, y para deciros, sobre todo, que ahora, en esta transformación que España padece, con luz de esperanza, sois vosotros, accitanos, los que tenéis que solucionar vuestros propios sentires, vuestros propios problemas, para que nadie os quite, como hasta ahora, vuestro pan. Sois vosotros, accitanos, los que tenéis que

pitido deja un nudo en la garganta a los que se quedan. En las cuevas de Santiago apenas se oyen las palmas...”

hacer que regresen vuestros mozos para que las flores se vuelvan a abrir con alegría y el agua de los ríos salte entre las peñas con la inocencia de los niños. Sois vosotros los que tenéis que hacer que los tronos no dejen ese torturante e hiriente nudo en la garganta de los que se quedan: sois vosotros los que tenéis que hacer que las campanas de las iglesias suenen a gloria. Me preguntaré cómo hacerlo. Os responderé: tenéis el poder que da la libertad en vuestras manos -no olvidéis lo que he dicho antes de los filósofos y pensadores- y si véis que esa libertad os la quitan otros, decírcles: gabilán, no robes a las pobres palomas. Accitanos míos: sufro, con vosotros al pensar que esta España que se transforma apenas da soluciones. Os diría que casi no tenemos juventud valiente que confíe, que no tenemos Universidades plenas de un saber adaptado a las exigencias de la juventud universitaria de hoy.

Sé que apenas tenemos leyes estables que nos conforten. Sé que hasta nuestro idioma español se intenta falsificar con la entrada de un lenguaje de falsos políticos y falsos poetas, sé que hay una plaga de pícaros e ineptos especulando con nuestra cultura. ¡Nuestra cultura tan rica siempre; cultura donde se concentran tantas raíces de pueblos que conquistaron y legaron a España poderes y sueños inalcanzables para otras naciones!.

Accitanos: está en nosotros el hacernos mejores, el

hacer que no muera un campesino tan sólo como los perros mueren, ni que Joseico, o Curro, o Torcuato, se vayan del pueblo dejando a la Amparo, a la María, a la Soledad, más solas que el nombre de soledad. Accitanos: no dejemos que nadie nos engañe y menos aquellos partidos políticos en los que se vea debajo de la lucha que se traen, la simple ansia de la conquista del poder, porque el poder conseguido así, no es amor. Sois vosotros los que tenéis que desenmascarar lo que veáis que no es justo; vosotros que tenéis el poder en vuestro corazón y en vuestras fuerzas, vosotros que sabéis más del dolor y de la vida que aquellos que quieren privarnos de libertad inventando ingeniosos recursos. En vuestras manos está hoy día el florecer de toda vuestra tierra. Que este florecer surja, como va a surtir la fiesta. Llevar a la fiesta el convencimiento de vuestra alegría, porque muy pocas veces se nos dio la libertad y el poder como ahora. Si vuestra plaza de las Palomas se llama así, porque anidan o anidaron en un tiempo muchas y muchas palomas, en altos vuelos, regocijadas de alegría y amor porque arrullaban con sus caricias a San Torcuato, este debe ser el sentido de vuestra fiesta: el convencimiento profundo de que la salvación del pueblo de Guadix está en vosotros mismos. Que la fiesta de la esperanza y de la alegría comience. Y que sea eterna la esperanza y la alegría en vuestros corazones.